



JAVIER GONZÁLEZ-OLAECHEA FRANCO

POLITÓLOGO Y DOCTORANDO EN CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES (PERÚ)

NUEVAS TECNOLOGÍAS

LA ERA DISRUPTIVA

El mundo transita vertiginosamente de una era de cambios a un cambio de era: la llamo Era Disruptiva, moderno *tempus* Guttemberg. Llegó y se quedó por la irrupción de la inteligencia artificial, las nuevas tecnologías comunicacionales y la bioingeniería. Modifica o sustituye exponencial y bruscamente paradigmas y creencias que sostienen sistemas.

Werner Heisenberg, Premio Nobel de Física con 31 años y padre de la física cuántica, afirmó que "todo tiene que ver con todo en todos los puntos y en todo momento, todo es relación y nada existe fuera de esa relación", certeza actualmente incontrastable.

El planeta es 30 % tierra y 70% agua. Hemos sustituido en un siglo un tercio de tierra por uno de cemento y extendimos las ciudades. Los últimos 20 años hubo más cambios que en centurias. Con más actores, la Guerra Fría mutó de ideológica a geoeconómica. Perdimos soberanía, traspasamos fronteras y sin rubor confundimos lo público con lo privado. La crisis de la confianza, binaria como el cerebro, se expande con apellidos: humanitaria, alimentaria, financiera, laboral, sanitaria y más. Transitamos del mundo bipolar al unipolar, al multipolar y ahora al apolar, extraña anomia internacional. No hay *sheriff* global. La seguridad con más potencias nucleares no alineadas ha mutado con el ciberataque y la ciberseguridad. Desde el fundamentalismo, todo es arma letal.

La primera potencia tiene dos vecinos y 24.000 kilómetros de ríos navegables, en proporción es el país más integrado. Aún resisten invirtiendo en tecnología. Sin embargo, el año pasado el continente chino patentó más del 62% de los nuevos inventos y es tendencia.

La reforma iniciada hace 40 años por Deng Xiaoping y el deliberado *dumping* laboral y monetario del continente chino, con 14 vecinos, mayor variedad étnica y más compras anuales de robots que la UE, atropella. Consumió en 15 años más cemento que USA en el siglo pasado. Del puesto 29 en volumen de importaciones y exportaciones, saltaron al primero. Creando 53.000 entidades empresariales diarias y con buques-fábrica inunda mercados por centavos y salió de *shopping*, imponiendo que sobrevivir es producir más y mejor con menos dinero y personas.

Con la *big data*, la geolocalización de todo, las plataformas digitales, (*e-business*, *e-commerce*, *e-marketing*) llegaron nuevas terminologías, grafologías y actitudes. Desnudos y anónimos, somos *data* y *targets*. Sartori nos describió en tanto homo videns desde la videocracia.

Duplicamos capacidades de computadoras cada 18 meses y los robots se pagan en 24. La tubonavegación, las fibras inteligentes en la ropa o debajo de la piel que cuidan nuestra salud, la comunicación humano-máquina, la evolución de la realidad aumentada, la creatividad computacional y la ubicuidad de los sensores, entre otros avances, nos conducen al nuevo mundo enfrentando colosales y variados retos.

La *libertad geográfica*, la precariedad laboral y el multiempleo enterraron la carrera laboral y conviven con migrantes informáticos irrumpiendo. El neoalfabetismo, la neoexclusión, el síndrome de ansiedad disruptiva y la patología del vértigo existencial que inmovilizan las nuevas subcategorías sociales que se batan en favelas.

Desprovistos de ciberética, alarma que un 40% de los actuales empleos serán reemplazados por inteligencia artificial en 20 años y un 40% de los niños estadounidenses buscarán trabajo en 20 años con perfiles desconocidos.

Las brechas entre países, estratos y personas indefectiblemente, cual *tsunami* social, siguen aumentando. Es la selección natural de las especies de Darwin del desecho laboral. El *bornout* o quemado laboral soporta el *bullying* social. La asimetría contractual y el poder disciplinario digital se acoplan al fenómeno viral de la imperturbable posverdad.

Estonia, país totalmente digitalizado, se desarrolla en la nube y el lago suizo de Zeg se expande como criptosociedad mientras robots japoneses atienden hoteles y el banco Betterment.com no brinda empleos. A las viejas, le añadimos nuevas asimetrías y observamos la pobreza y la corrupción como paisaje

costumbrista. El crudo tránsito del acotado Estado de Bienestar al del creciente Malestar evidencia una educación disfuncional a los mercados actuales y futuros ontológicamente empobrecidos.

La Era Disruptiva es una realidad, vive en nuestras mentes. Y sólo existe lo que pensamos que existe, lo concebido, condicionando nuestras decisiones desde nuestras percepciones. Soy escéptico y recuerdo que Platón postuló una educación igual para todos y que Aristóteles distinguió la justicia aritmética de la geométrica, base ésta de la redistribución.

Los libros sagrados privilegian la solidaridad y la cooperación. Los hebreos las extendían desde su sangre y raza al elegido pueblo de Israel. El cristianismo ensambla ambos preceptos de sobrevivencia en la familia expandida desde las catacumbas de la fe horadando y convirtiendo conciencias. El mundo andino legó la ley de la hermandad, de la reciprocidad y de la cooperación. Especial relevancia tenían el *hatun yachacc* (el que más sabe) y el *yachaqq simi cheqaq simi* (el hombre de orientación justa).

Respuestas ya emergen. La vida lenta, la ley francesa de desconexión fuera del trabajo, la *new taxation* a las grandes empresas que lideran los cambios, a las ganancias y a los robots, el retorno al villorrio, la solidaridad expansiva, entre otras, en el contexto de la inútil cruzada comercial de Trump en modo *reality show*.

No enfrentamos un debate tecnológico. Estamos expuestos a un dilema moral sin precedentes y toca preservar a la persona desde la impostergable regeneración educativa, con nuevo contrato social y el gobierno de la Era Disruptiva.